

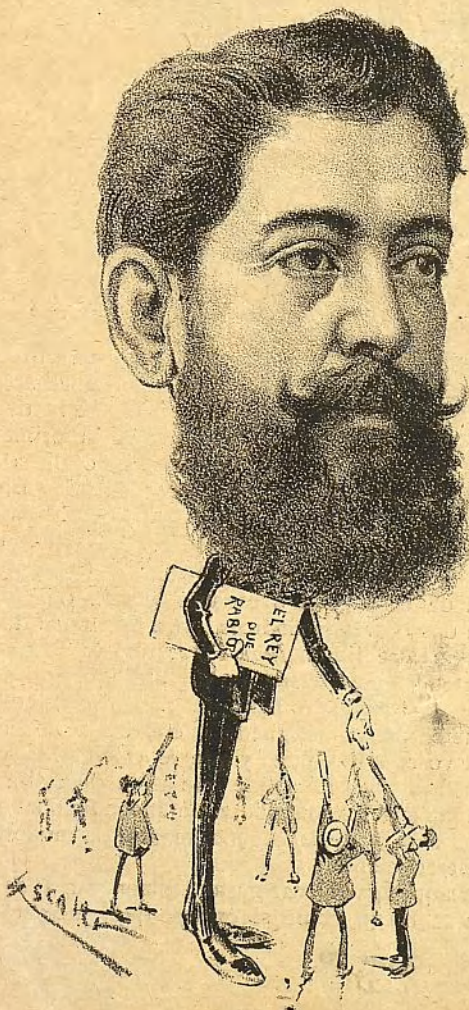
LA SEMANA Cómica.

PERIÓDICO LITERARIO
ILUSTRADO

Se publica los jueves.

ADMINISTRACIÓN:
VERTRALLANS, 3, PRAL.

NUESTROS AUTORES, por Escaler.



VITAL AZA

Es todo un *autorazo*
y se ha dado en crecer tan buena traza,
que en lugar de decir: «¡oh, Vital Aza!»,
debíamos decir: «¡oh, Vitalazo!»



JUAN PÉREZ

El doctor, tú te lo pones;
El Montalván, no lo tienes;
Con que, quitándote el don,
Vienes á quedar Juan Pérez.

Juan Pérez es un mi amigo que no sirve para maldita de Dios la cosa y que, por consiguiente, se ha metido á literato; porque es lo que él dice: «para esa profesión no se necesitan estudios, ni matrículas, ni libros, ni nada más que unas cuartillas y un lapicero, si no se quiere gastar en plumas y tinta. Y como de todos los géneros literarios el que más da de sí, hoy por hoy,—sigue hablando Juan Pérez,—es el teatro, al teatro se ha dedicado el bueno de Pérez, que para dar su primera batalla, escribió un juguete, ó pasillo, ó disparate (no recuerdo como le llamaba) cómico-lírico y coreográfico.

Nada sabía yo de ese fausto acontecimiento, cuando una mañana se me presentó Pérez en casa para darme tan grata nueva y á solicitar—

y esto fué lo peor del caso—que oyese una lectura del pasillo ó disparate, cuyo manuscrito llevaba envuelto en dos ó tres periódicos, para evitar sin duda que aquellas preciosas cuartillas se ajasen expuestas al aire libre. Juan Pérez, es, ya lo he dicho, mi amigo; pero lo que no he dicho es que pertenece á esa clase de hombres que son siempre lo suficientemente amigos para molestar á ustedes, y nunca lo bastante para que ustedes los molesten.

Leyó su juguete, que oí resignado, y concluida la lectura, sobrevino la consabida solicitud de que le hablase yo con franqueza y que le dijese, lisa y llanamente, mi parecer. Todos ustedes saben que cuando un autor pide que se le diga lisa y llanamente un parecer, es para que se le otorgue un aplauso desmedido y un incondicional elogio; aplauso y elogio á los cuales suele oponer, por mera cortesía, algunos reparos la modestia del autor; pero que son para él muy inferiores á sus merecimientos.

No quise, por aquella vez, dar gusto á quien tan á deshora me había molestado, y tomando al pie de la letra su ruego, como si creyese que sinceramente me lo dirigía, le hablé con fran-

queza y expuse lisa y llanamente mi opinión.

—Hombre,—le dije,—el trabajo no me parece mal; sin ser una obra maestra, ni mucho menos, está escrito con discreción; no tiene bellezas, pero tampoco tiene destrezas. En fin, es una obrilla como tantas otras: una gota más en el mar inmenso del repertorio contemporáneo. Pero, si yo no recuerdo mal, el asunto lo he visto ya tratado en otra.

—Sí, si lo habrá usted visto; yo también, como que precisamente por eso lo he tomado. Es una comedia francesa, muy antigua y que se ha traducido ya muchas veces: yo no la he traducido, porque no conozco el francés; pero el argumento lo he tomado de una traducción. Porque ¿para qué había de cansarme en buscar asunto, teniéndole á mano? Fuera de que buscándolo yo, y aun suponiendo que lo encontrase, podría no gustar al público, y á este ya sé que le agrada, porque si no le agradara no lo habrían traducido tantas veces.

Lo lógico de tal argumentación me dejó asombrado, no menos que la sencillez y la naturalidad con que Juan Pérez me decía estas cosas; no insistí, por lo tanto, y siguiendo mi tarea de emitir opiniones, le dije:

—He visto, además, que muchos de los chistes no son originales.

—¡Ahl!—me contestó Juan, con igual candor; no, ninguno: son copiados todos; pero no de la comedia, eso no; sino de un almanaque americano. Usted no puede figurarse el servicio que me prestan esos almanaques para esto de las obras dramáticas.—A mí, se lo confieso á usted, no se me ocurre nunca una gracia y tengo observado que cuando, por casualidad, he dicho alguna que me lo ha parecido, no ha hecho reír á nadie; pues ¿á qué me voy á molestar? Digo del chiste lo que del asunto: si ya lo tengo he-

cho y arreglado, ¡buen tonto sería yo en no aprovecharlo! Yo arranco todos los días la hoja de un almanaque americano: si en el respaldo trae charada ó fuga de vocales, no me sirve y la tiro al cesto; pero si trae anécdota (*anédocta*, dice Juan Pérez), ó chascarrillos, los guardo y tengo ya una colección, que levanta tanto así. Y puso Juan, al decir esto, la mano á la altura de su rodilla.

—Pero, señor, le dije entonces: si el asunto lo ha tomado usted de una obra, si los chistes los copia usted del calendario americano, ¿qué es lo que usted ha hecho?

—Pues primeramente coleccionar los chistes, que llevo ya dos años formando colección; verdad es que tengo chistes para un centenar de piezas; después elegir la obra, y por último, escoger los chistes y *respuntarlos* donde puedan hacer efecto.

—Corriente—le dije;—pero como yo no entiendo de respuntos, nada puedo opinar de su obra; llévela usted á un teatro y si hay empresa que la admita y actores que la hagan y público que la reciba, siga usted por ese camino, que no va mal.

Y en efecto, Juan Pérez llevó la obra á un teatro: el empresario la admitió, los actores la representaron, el público celebró mucho los chistes, y allá vá, por la centésima representación, á la hora presente; en casi todos los teatros de provincia se representa y ha dado á Juan Pérez más derechos que cobró nunca por su *Consuelo* y su *Tejado de Vidrió* el insigne Ayala.

No vayan ustedes á creer que ese Juan Pérez es algún personaje que he inventado yo; no, señor. De carne y hueso es, y entre nosotros vive, sólo que lleva varios nombres, y por el de Juan Pérez sólo le conoce este servidor de ustedes, q. l. b. l. m.,

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

PALIQUE

El libro del P. Blanco García, el famoso tomo segundo, ó segunda parte de su «Literatura española en el siglo XIX», es una verdadera mina de disparates. Yo llevo escritos más de diez ó doce artículos descubriendo gazapos, siempre nuevos; y cada vez que vuelvo al soto, me encuentro con otra cría. No hace falta decretar la veda, porque la eterna abundancia es segura.

Ahl van unos cuantos desatinos, que saco á relucir por primera vez.

Dice el P. Blanco (pág. 64) que Grilo es el *Castelar de la poesía*. Y á esto le llama una expresión *gráfica*. El *pater* no sabe ni lo que es gráfico, ni lo que es Grilo, ni mucho menos lo que es Castelar. De modo que si el P. Blanco quisiera describirnos á Castelar de una manera

gráfica, diría que era el *Grilo de la prosa*. Hasta el mismo Grilo, que es una excelente persona y modesto á su manera, se echará á reír cuando lea tal desatino, que como disparate es muy *gráfico* efectivamente. Pinta al crítico.

Pero no sólo se parece á Castelar Grilo, sino también á.... óiganlo ustedes: (pág. 3.)

«Tiene con Góngora tanta afinidad por sus condiciones poéticas como por haber nacido bajo el mismo cielo; como á Góngora le sobra talento y le falta corrección.»

¿Háse visto mayor desatino? ¡Góngora y Grilo! Góngora es uno de los mejores poetas de su tiempo, y se perdió después de producir muchísimo bueno, por exceso de imaginación y por exageraciones de escuela. La crítica de hoy, la buena,



—Señor! haz que en mí no more
de ser casado la idea!



más, si lo soy, que no sea
de esos.



ó al menos lo ignore.



Más si por fin soy casado
y soy... de esos...



...y lo sé.



haz, Señor, que no me dé
ni una pizca de cuidado!



—¿Y estará V. sola en el palco?

—Sí: sola.

—Pues iré... y pagaré sólo una entrada de paraíso. Porque ir hoy al palco, será como ir al paraíso.

admira dentro y fuera de España al famoso poeta, que si en *Polifemo* y sus *Soledades* es oscuro, oscurísimo, no lo debe á la incorrección, sino á su prurito de novedad y al afán de huir de los que él llamaba «patos del agua chirle castellana». Góngora sabía mucho, era un humanista, un gran escritor, un alma llena de eterna juventud poética, y esto explica que hoy adore en él un artista francés como el poeta católico y *decadente* (como se dice) Verlaine. El pobre Grilo, que tiene buen oído y sabe *tararcar* poesía sin ideas, es decir, música *recitada*, el pobre Grilo no es oscuro, á no ser cuando á fuerza de incorrecto, de *nihilista*, no se sabe lo que quiere decir ó, acaso no quiere decir nada. En las demás ocasiones es claro como el agua.... chirle. Góngora influyó en su siglo por su genio: extraviado éste, le siguió al abismo culterano la poesía española; pero Grilo no dá mal ejemplo, porque sus inocentes serenatas, son música sin palabras, no tienen eco, ni seducen á nadie, como no sea á alguna poetisa de *La Moda Elegante*. La única *afinidad*, como dice el P. Blanco, entre Góngora y Grilo es la otra.... «la *afinidad* de haber nacido bajo el mismo cielo». Suponiendo que eso se pueda llamar afinidad. Porque una cosa es ser *afines*, y otra cosa es ser *paisanos*.

**

El padre Blanco habla una y otra vez de «siluetas» y silueta, según la Academia, no es castellano.

**

«Los coloquios de Clemencia y Carmen (en *Los soldados de plomo* de Eguilaz) no pueden calificarse de *pueriles* tonterías (el Padre Blanco usa la palabra pueril muchas veces, sin fijarse en su significado) sin que queden comprendidos en el anatema los dramas de Schiller y las novelas de Fernán Caballero». Fernán Caballero.... allá él.... ó ella: pero ¡Schiller! ¡Schiller y Eguilaz! De modo que si Eguilaz es tonto, si los *Soldados de plomo* son una simpleza, ¡adiós *Guillermo Tell*, adiós *Don Carlos*, adiós *Wallenstein*! Es decir, Eguilaz, un autor dramático español de quinto orden, cursi, según el mismo P. Blanco viene á reconocer, arrastra consigo en las censuras que se le dirijan, al segundo poeta de la edad de oro de la literatura alemana, al primer dramaturgo teutónico!

¡Y *quertán* que Valera alabase á un *crítico* que escribe tales atrocidades!

**

El P. Blanco habla muchas veces de «hacer política» y esto es demasiado galicismo. No tanto libre cambio.

**

El P. Blanco tiene una idea muy graciosa de lo que son *historias* de la literatura. Cree que se puede copiar por vía de modelo, de dechado, cualquier cosa, por insignificante que sea. Quiere darnos á conocer el estilo de Eguilaz y nos da tres páginas ó cuatro de una de sus escenas «de las menos mal escritas». Al P. Blanco debía encargársele una *Antología Poética* y ya sabía uno lo que tenía que leer.

**

En la página 288, examinando una novela de Fernán Caballero, dice el Padre: «Clemencia aparece hasta este punto como un ángel vestido de blancas gasas de los que envía Dios á la tierra para demostración de su bondad.»

¿Quién le ha dicho al Padre que los ángeles que Dios envía, dado que los envíe, vienen vestidos de gasas blancas, como las señoritas van á los bailes?

A renglón seguido habla Blanco de la «inocencia no experimentada». ¿Qué querrá decir? De todas maneras resulta mal; porque en un sentido, todas las inocencias carecen de experiencia, y por eso lo son: y en otro sentido, la inocencia que no está experimentada no se sabe si lo es.

Para terminar, un disparate filosófico. Hablando de *O locura ó santidad*, drama de Echegaray, el sabio *escurialense* dice que, Echegaray traza en él «la imagen verdadera del estoicismo kantiano, que aspira á suplantar por el orgullo la eficacia divina de la fé.»

El P. Blanco debe de conocer la filosofía ética de Kant por esos librecitos y revistas que se escriben para engañar á los seminaristas, futuros energúmenos *pulpitables*, por esos librecitos y revistas que les pintan un Renan que parece el diablo. ¿Quién le ha dicho que la conciencia del deber, reveladora en el sistema de Kant de todo un mundo de relaciones del sugeto con la realidad trascendental, es obra del orgullo y aspira á suplantar la fé? ¿Qué sabe el P. Blanco de Kant? ¿Cree que es un Grilo, ó un Olloqui, ó un Peirolon?

¡Vaya, vaya con el P. Blanco! Este señorito con hábitos cree que escribir la historia de la literatura española consiste en destrozar el idioma y en insultar á todos los liberales, humildes y empingorotados, desde este servidor, y no capellan, á quien llama baratero venenoso, hasta el desgraciado rey Don Amadeo, á quien apellida rey de comedia. Ustedes sí que son religiosos de sainete. Al decir ustedes hablo de usted, P. Blanco, y del otro.... De Muñíos á quien dará V. expresiones de mi parte.

12 de Marzo de 1892.

CLARIN.

¡DONCELLA!

Llegó aquella noche
feliz, memorable...
¡Caerán ya muy pronto
las alas del angel,
y al día siguiente
la virgen amante
será una *señora*
que todos acaten!
La estrujan á besos
la amiga y la madre.
¡Qué casta es la niña
cubierta de azahares...!
Y mientras de lejos
se escucha el vibrante
rumor de la boda
que á todos complace,
se encierra en el dulce
sagrario inefable,
donde ha de buscarla
quien tiene la llave...
¡Qué suave es el lecho!
¡Qué espejo tan grandel!
¡Ya cruge la puerta
que guarda un arcángel!!
Rugiendo ella, yergue
su pecho y su talle;
los ojos lascivos
están centelleantes.

Se siente tan bella,
que llega á burlarse,
riendo en silencio,
de Dios y los ángeles.
Arroja en la silla
las prendas del traje;
la luz que la baña
realza su imagen,
y el fúlgido espejo
repite galante
las formas divinas
que nunca vió nadie.

Se mira y la ahogan
el fuego y la sangre;
palpitan sus sienes
y tiembla su carne...
¡Por fin! ¡Tantos años
de ser miserable
carea que miente
pudores banales!
¡Por fin puede el alma
gozar sin cansarse!
¡Ya es hembra la hembra!
¡Ya el hombre complace
sus hondos deseos
de beso incesante!
¡Qué feo es el mundo
cuando hay que engañarle!
Pero ahora le dice

riendo anhelante:
«¡Imbécil respeto,
ya puedo burlarte!
¡Esposa es mi nombre;
tendrás que acatarle!
¡Qué importa quien sea?
Su rostro ¿qué vale?
¡Llegóme mi hora!
¡Purezas falaces,
mentidas virtudes,
por siempre dejadme!»

Hundióse en el centro
del lecho elegante.
Con ansias de fiera
llegó á revolcarse
y... vino el esposo
y ella con ambages,
mintió todavía...
porque *así se hace*.
Fingió convencerle,
fingió suplicarle,
diciendo sus labios:
«¡Dios mío! ¡No pases!»
mientras las entrañas
con grito gigante
decían: «¡Ven pronto,
que muero... de hambre!»

José M.^a DE LA TORRE.

¡VALIENTE FOTOGRAFO!..

¡Qué visión tan horrorosa!
¡Qué descarol! ¡Qué osadía!
¡Por lo visto, á cualquier cosa
llama usted fotografía!
Después de tenerme un rato
quieto en postura forzada,
me saca usted un retrato
que ni es retrato ni es nada.
¡Hombre, por Dios! Me resisto
á recibir tal *regalo*.
¡Sabe usted que nunca he visto
un fotógrafo tan malo?
Esa *cosa* que me ofrece,
y á la cual aludo aquí,
á cualquiera se parece,
si señor, menos á mí.
Y es tan cierto lo que digo,
que lo más hace una hora
me preguntaba un amigo:
«¿Es usted ó es su señora?»
Este dicho impertinente
que por todas partes cunde,

me prueba evidentemente
¡que hasta el sexo me confunde!
Usted será muy artista,
se lo digo sin empacho;
pero no hay Dios que resista
semejante mamarracho.
Sólo un detalle ha salido,
y por cierto que me asombra,
y es que lo más parecido
que tengo, es la *mala sombra*.
Por lo demás, yo confío
que opinará como yo;
pues ni ese retrato es mío
ni Cristo que lo fundó.
Hay más: aquella mañana
que le hice á usted mi visita,
iba yo de americana
¡y he salido de levita!
Sólo una calamidad
de la cabeza á los pies,
tiene la facilidad
de hacerlo todo al revés.

Y usted lo hace ¡ya lo creo!
y según tengo á la vista,
para sacarle á uno feo
es usted *especialista*.
¡Todo lo echa usted á perder!
¡Todo lo saca usted mal!
¡Todo lo cambia el poder
de su máquina infernal!
Los unos salen nublados,
los otros mal parecidos,
casi *muchos* jorobados
y casi *todos* torcidos.
De un soldado hace un torero,
un *gomoso* de un cesante,
con un clérigo un bolero,
con un *cursi* un *elegante*.
Con un niño... ¡se hace un líol
con un viejo hace una Ceres,
con una mujer... ¡Dios mío,
lo que hará con las mujeres!!..

FIACRO IRÁYZOS.

GALERIA ARTISTICA, por Escaler.



Eto

(Cuadro Axillette).

EL INDULTO

De cuantas mujeres enjabonaban ropa en el lavadero público de Marineda, ateridas por el frío cruel de una mañana de Marzo, Antonia la asistente era la más encorvada, la más abatida, la que torcía con menos brío, la que refregaba con mayor desaliento; á veces, interrumpiendo su labor, pasábase el dorso de la mano por los enrojecidos párpados, y las gotas de agua y las burbujas de jabón parecían lágrimas sobre su tez marchita.

Las compañeras de trabajo de Antonia la miraban compasivamente, y de tiempo en tiempo, entre la algarabía de las conversaciones y disputas, se cruzaba un breve diálogo, á media voz, entretendido con exclamaciones de asombro, indignación y lástima. Todo el lavadero sabía al dedillo los males de la asistente, y hallaba en ellos asuntos para interminables comentarios: nadie ignoraba que la infeliz, casada con un mozo carnicero, residía, años antes, en compañía de su madre y de su marido, en un barrio extramuros, y que la familia vivía con desahogo, gracias al asiduo trabajo de Antonia y á los cuartejos ahorrados por la vieja en su antiguo oficio de revendedora, baratillera y prestamista. Nadie había olvidado tampoco la lúgubre tarde en que la vieja fué asesinada, encontrándose hecha astillas la tapa del arcón donde guardaba sus caudales y ciertos pendientes y brincos de oro; nadie, tampoco, el horror que infundió en el público la nueva de que el ladrón y asesino no era sino el marido de Antonia, según ésta misma declaraba, añadiendo que desde mucho atrás roía al criminal la codicia del dinero de su suegra, con el cual deseaba establecer una tabajería suya propia. Sin embargo, el acusado hizo por probar la coartada, valiéndose del testimonio de dos ó tres amigos de taberna, y de tal modo envolvió el asunto, que, en vez de ir al palo, salió con veinte años de cadena. No fué tan indulgente la opinión como la ley: además de la declaración de la esposa, había un indicio vehementísimo: la cuchillada que mató á la vieja, cuchillada certera y limpia, asestada de arriba abajo, como la que los machatines dan á los cerdos, con un cuchillo ancho y afiladísimo, de cortar carne. Para el pueblo, no cabía duda de que el culpable debió subir al cadalso. Y el destino de Antonia comenzó á infundir sagrado terror, cuando fué esparciéndose el rumor de que su marido *se la había jurado* para el día que saliese de presidio, por acusarle. La desdichada quedaba en cinta, y el asesino la dejó avisada de que, á su vuelta, se contase entre los difuntos.

Cuando nació el hijo de Antonia, ésta no pudo criarlo; tal era su debilidad y demacración y la frecuencia de las congojas que desde

el crimen la aquejaban; y como no le permitía el estado de su bolsillo pagar ama, las mujeres del barrio que tenían niños de pecho, dieron de mamar por turno á la criatura, que creció encenque, resintiéndose de todas las angustias de su madre. Un tanto repuesta ya, Antonia se aplicó con ardor al trabajo, y aunque siempre tenían sus mejillas esa azulada palidez que se observa en los enfermos del corazón, recobró su silenciosa actividad, su aire apacible.

¡Veinte años de cadenal! En veinte años (pensaba ella para sus adentros), él se puede morir ó me puedo morir yo, y de aquí allá, falta mucho todavía. La hipótesis de la muerte natural no la asustaba; pero la espantaba imaginar solamente que volvía su marido. En vano las cariñosas vecinas la consolaban, indicándole la esperanza remota de que el infuico parricida se arrepintiese, se enmendase, ó, como decían ellas, se volviese de mejor idea: meneaba Antonia la cabeza entonces, murmurando sombríamente:

—¿Eso él? ¿de mejor idea? Como no baje Dios del cielo en persona y le saque aquel corazón perro y le ponga otro...

Y, al hablar del criminal, un escalofrío corría por el cuerpo de Antonia.

En fin, veinte años tienen muchos días, y el tiempo aplaca la pena más cruel. Algunas veces, figurábasele á Antonia que todo lo ocurrido era un sueño, ó que la ancha boca del presidio, que se había tragado al culpable, no lo devolvería jamás; ó que aquella ley, que al cabo supo castigar el primer crimen, sabría prevenir el segundo. ¡La ley! Esa entidad moral, de la cual se formaba Antonia un concepto misterioso y confuso, era sin duda fuerza terrible, pero protectora, mano de hierro que la sostendría al borde del abismo. Así es que á sus ilimitados temores se unía una confianza indefinible, fundada sobre todo en el tiempo transcurrido, y en el que aun faltaba para cumplirse la condena.

¡Singular enlace el de los acontecimientos! No creería de seguro el rey, cuando vestido de capitán general y el pecho cargado de condecoraciones, daba la mano ante el ara á una princesa, que aquel acto solemne costaba amarguras sin cuento á una pobre asistente, en lejana capital de provincia. Así que Antonia supo que había recaído indulto en su esposo, no pronunció palabra, y la vieron las vecinas sentada en el umbral de la puerta, con las manos cruzadas, la cabeza caída sobre el pecho, mientras el niño, alzando su cara triste de criatura enfermiza, gímoteaba:

—Mi madre... ¡Calienteme la sopa, por Dios, que tengo hambre!

El coro benévolo y cacareador de las vecinas rodeó á Antonia; algunas se dedicaron á arre-

glar la comida del niño, otras animaban á la madre del mejor modo que sabían. Era bien tonta en afligirse así. ¡Ave María Purísima! ¡No parece sino que aquel hombrón no tenía más que llegar y matarla! Había gobierno, gracias á Dios, y audiencia y serenos; se podía acudir á los celadores, al alcalde...

—¡Qué alcalde!—decía ella con osca mirada y apagado acento.

—O al gobernador, ó al regente, ó al jefe de municipales; había que ir á un abogado, saber lo que dispone la ley...

Una buena moza, casada con un guardia civil, ofreció enviar á su marido para que le *metiese un miedo* al picarón; otra, resuelta y morena, se brindó á quedarse todas las noches á dormir en casa de la asistenta; en suma, tales y tantas fueron las muestras de interés de la vecindad, que Antonia se resolvió á intentar algo, y sin levantar la sesión, acordó consultar á un jurisperi- to, á ver qué recetaba.

Cuando Antonia volvió de la consulta, más pálida que de costumbre, de cada tenducho y de cada cuarto bajo salían mujeres en pelo á preguntarle noticias, y se oían exclamaciones de

horror. ¡La ley, en vez de protegerla, obligaba á la hija de la víctima á vivir bajo el mismo techo, maritalmente, con el asesino!

—¡Qué leyes, divino Señor de los cielos! ¡Así los bribones que las hacen las aguantarán!—clamaba indignado el coro.—¿Y no habrá algún remedio, mujer, no habrá algún remedio?

—Dice que nos podemos separar... después de una cosa que le llaman divorcio.

—¿Y qué es divorcio, mujer?

—Un pleito muy largo.

Todas dejaron caer los brazos con desaliento: los pleitos no se acababan nunca, y peor aun si si se acababan, porque los perdía siempre el inocente y el pobre.

—Y para eso—añadió la asistenta—tenía yo que probar antes que mi marido me daba mal trato.

¡Aquí de Dios! ¿Pues aquel tigre no le había matado á la madre? ¿Eso no era mal trato, eh? ¿Y no sabían hasta los gatos que la tenía amenazada con matarla también?

—Pero como nadie lo oyó... Dice el abogado que se quieren pruebas claras...

(Seguirá).

EMILIA PARDO BAZÁN.

JUSTICIA DIVINA

Dos kilómetros dista, si acaso, del primer casucón de mi aldea, la cruz grande de jaspe, basada sobre rústica grada de piedra y que ocupa la cumbre de un cerro, desde el cual se divisan diez leguas de horizonte, que ofrece á los ojos perspectivas á cual más soberbia.

Los amantes, de suyo paganos, ó á lo menos, con tibias creencias, en las noches oscuras profanan aquel sitio, formando parejas.

Y yo pienso que Dios está viejo y con muy pocas ganas de gresca, cuando no ha confundido mil veces los horrores que allí se perpetran.

De cojer amapolas del valle regresaba la joven Teresa, cuando más sofocaba en el campo la pesada calor de la siesta.

Lleva echado el pañuelo á la cara, y á la sombra que el lienzo le presta,

lanzan chispas sus dos grandes ojos, echa fuego su tez de azucenas.

Así violó Juanón el forzado que por ella se muere y apena, y encontrando propicio el momento le dirige las frases más tiernas.

¡Qué si quieres! La moza es arisca y desoye las dulces promesas. Al llegar á la cruz, Juan la apura y ella entónces más agria se muestra.

Ya Teresa ve puesta en peligro su patente de casta doncella, y se abraza al *madero de mármol*, como dice un mi amigo, poeta.

Juanillón, cada vez más furioso, en su infame lascivia no cesa, y subiendo las gradas, del talle tira, tira con todas sus fuerzas. Y ¡oh prodigio! la cruz venerable que á dos siglos y aun más resistiera, ante esfuerzo tan grande tumbóse... aplastando á la pobre doncella.

MANUEL MERA Y SOLANO.

LA BUENA EDUCACIÓN

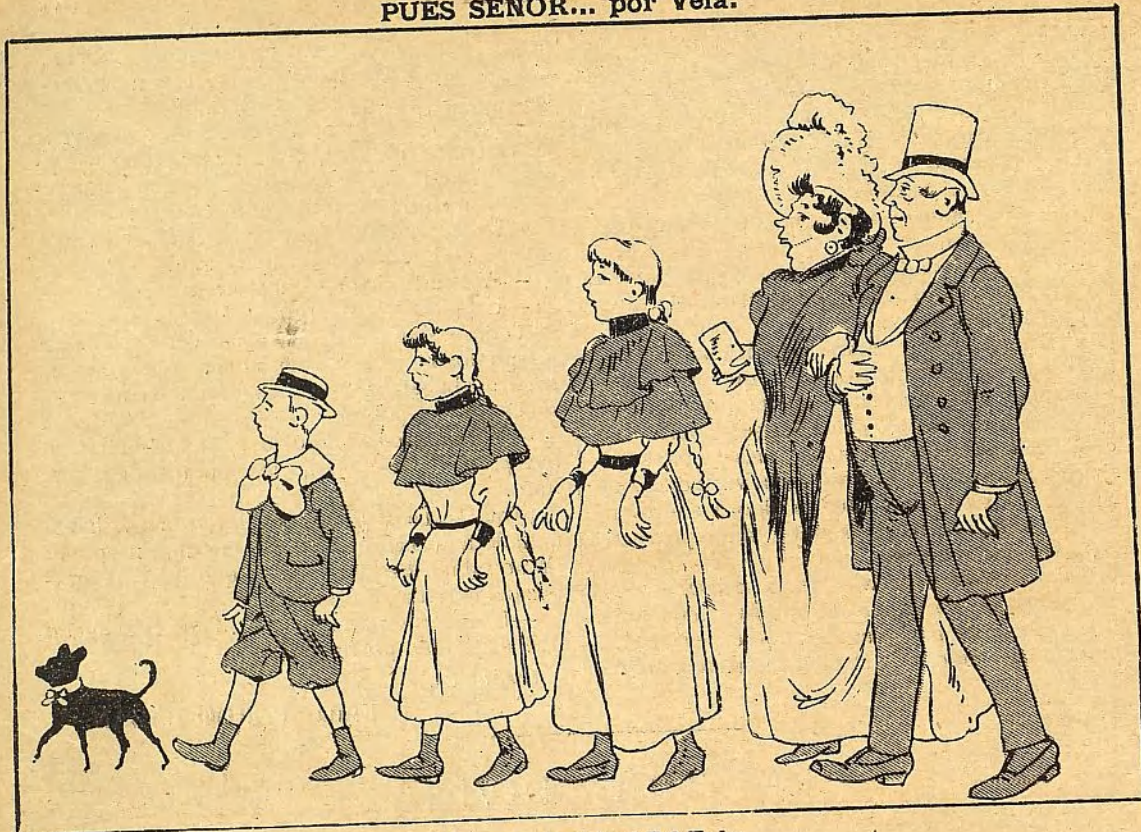
(Dibujos de Cilla.—Fotografados de Laporta).

Cualquiera que tenga hijos deseará, como es natural, educarlos bien.

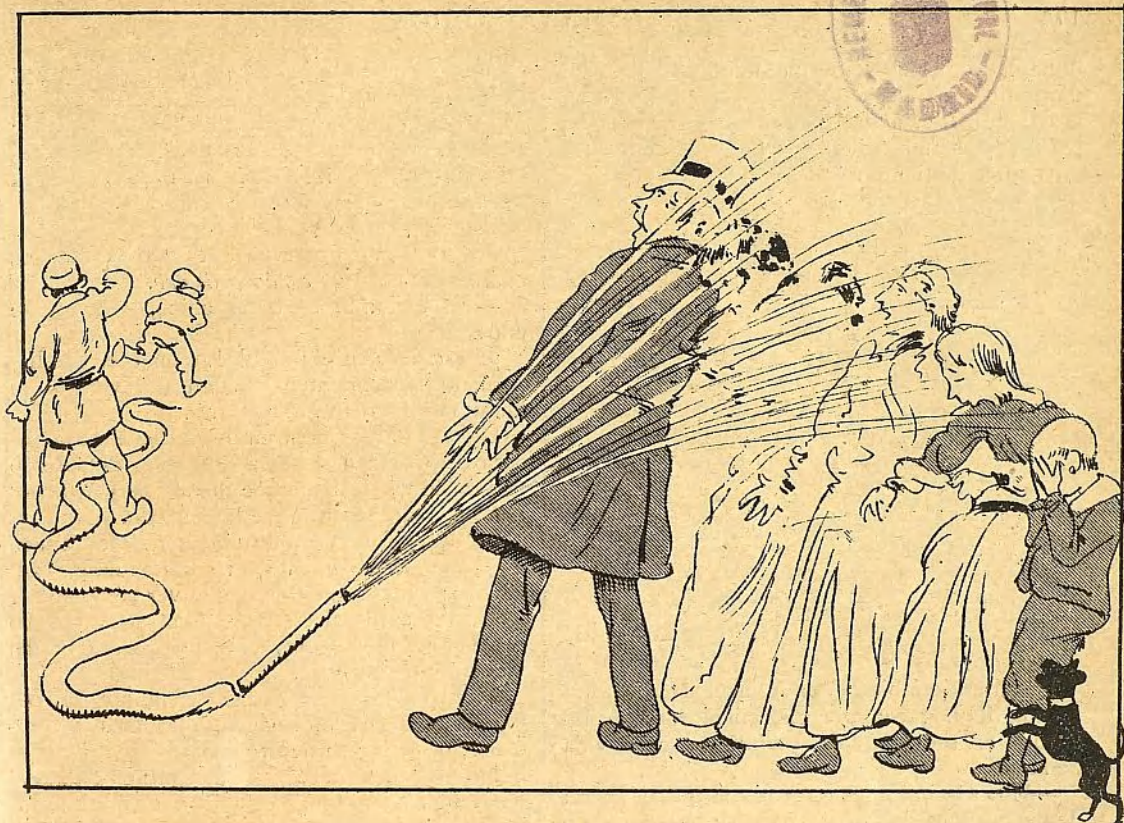
Recordará, para reforzar sus ideas en este punto, los buenos consejos y sanas máximas que en otro tiempo le inculcaron sus padres, y pro-

curará transmitirlos á sus hijos con la mayor fidelidad posible en la refundición de la obra.

—Mi padre—se dirá—me puso verde cuando... despidieron á la muchacha, pero no hay que hablar de esto á Manolito. Al pobre chico

Sal á pagar la visita á D.^a Tadea.

—Ahí es: llama.



¡Ufni!



¡A casa hechos una sopa
á cambiar pronto de ropa!

le ha dado por el amor platónico y se pasa el día junto á los cristales, con los ojos puestos en la chiquilla del vecino y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. No le abramos los ojos antes de tiempo.



Procurará también el padre armonizar la disciplina del hogar con la tolerancia que han infiltrado los tiempos y las costumbres en la vida de familia.

—Esta Casimira es más bestia que la culata de un fusil en día de formación; y ya que no comprende la educación que debía dar á sus hijos, no encuentra cosa mejor que entorpecer y esterilizar la que yo les doy.

—Procuraré también apartar á Manolito de la compañía de mi hermano Juan. Es muy aficionado á fregonas y modistillas, y los chicos de corazón sensible creen fácilmente que esas niñas son tan sensibles como ellos y se quieren casar con ellas. ¡Pobrecillos!

Así, ó en parecidos términos, discurrirá seguramente todo padre amante de sus hijos y mediano conocedor del mundo y sus fregonas.



De lo que también estoy seguro, es de que ni ese ni ningún otro padre da la grandísima im-

portancia que en la educación les corresponde á los buenos modales.

—Más vale que tenga mi hijo urbanidad y cortesía, que no que sea un hurón; pero, en realidad, no se necesita de la forma exterior para que sea bueno el fondo.

Este es el error.

Por lo pronto, observen ustedes que todos los calaveras tienen *un corazón de oro*.

—En el fondo es buen chico, — dicen de ellos.

¡Caracoles con el fondo! Lo malo es que hablan, andan, mienten, estafan y revientan al mundo entero con *la superficie*.

De tal modo, que lo más prudente sería sacarle el corazón y meterles el resto del cuerpo dentro de él, y así, aunque fueran perversos por dentro, nadie tendría que lamentarlo.

Lo mismo aseguran de ciertas mujeres. Dicen de ellas que son *así*, de puro bondadosas y generosas: vamos, que no pueden ver lástimas.

Y para consolar al triste (que suele ser un zanguango muy alegre) le regalan la alegría del marido y de las hijas.

Hay, pues, que desconfiar de la bondad del fondo, cuando las formas, aun las más superficiales, no le sirven de programa.

No digo que debamos entregarnos á todo el que tenga buenas maneras: lo más prudente es ir por la calle estudiando Historia Natural y entreteniéndose en clasificar á los transeúntes, diciendo:

—Este es un burro, aquél una hurraca, ese un buey, esotro un lobo, aquella una.... y aquella.... y también aquella.



Se acierta siempre, como el refrán promete, y cuando alguna vez no se acertara, no por eso sobrevendría mal ninguno.

Pero la urbanidad no pierde por eso su íntima relación con la moralidad de los educandos.

Ejemplo histórico:

Tenía yo diez ó doce años, buena salud, un traje nuevo, un bastón precioso y la mano en mi poder.

Quiero decir que aún no había dado mi mano á mujer alguna. Por cierto que para el uso que yo hacía de ella, pensaba que mejor era darla en seguida. Cosas de la inocencia.



Para completar mi felicidad (por lo visto era ambicioso) robé diez cuartos á mi madre: tal es el corazón humano: insaciable.

Si suponen ustedes que yo practicaba fielmente las reglas de urbanidad, supondrán la verdad.

Las practicaba mucho más que ahora, que ya pongo mala cara á unas y me sonrío delante de otras con la misma gana que si me pasaran un cepillo por el vientre.

Y ya estoy oyendo á ustedes objetarme del siguiente modo:

—Pues si tenía usted buenos modales y robaba dinero á su madre, ¿qué garantía de bondad ni qué ocho cuartos? ¿Para que sirven los buenos modales?

—En primer lugar—replico yo—los cuartos no fueron ocho, sino diez; en segundo lugar, los buenos modales sirven para lo siguiente:

Debía yo despedirme de mi padre, antes de salir de paseo, y no se me ocultaba que debía ocultar los cuartos, *por si acaso*,

No se me ocurrió cosa mejor que meter entre el forro y la badana del sombrero las cinco pie-

zas de dos cuartos ó, como las llamaban en mi país, las *parpallotas*.

Me encasqueté después el sombrero, que se negaba á albergar al mismo tiempo las parpallotas y la cabeza, amenazando esta con estallar y las otras con incrustarse en los sesos, y penetré en el despacho de mi padre, como si no me doliera nada.

Enemigos encantadores que yo tenía quisieron que mi padre estuviera en aquel momento de charla con un amigo suyo, persona para mí muy respetable.

Todo se me olvidó.

Me dirigí hacia él inmediatamente, y quitándome el sombrero, dije:

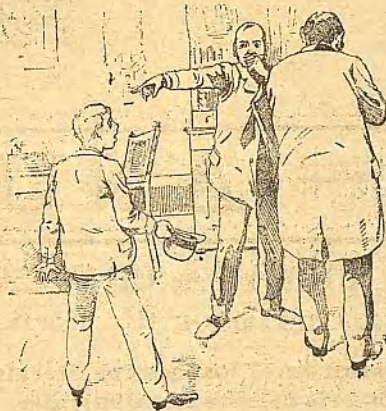
—Buenas tardes, don Fulano: ¿cómo est....

¡No dije más!

Un ruido tremendo me cortó la palabra. Las cinco parpallotas se habían reunido escandalosamente en el fondo del sombrero.

Don Fulano me había vuelto bruscamente la espalda y sacudía los hombros sin cesar.

Miré de reojo á mi padre y ví que se mordía el labio inferior, y que me hacía seña con la mano, de que me fuese.



Me duró el disgusto una semana y no volví á..... saludar á nadie, estando *en mala disposición*.

9 de Marzo de 1892.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

CHIRIGOTAS

El corresponsal encargado de la repartición y venta de LA SEMANA COMICA en Madrid, es actualmente D. Cipriano Sobrino, que vive en la calle de Ayala, número 11.

COSAS QUE SUBEN:

El pan.

Los cambios.

El precio de los alquileres.

El nivel de los ríos.

La venta de LA SEMANA.

Y los fusionistas, el mejor día.

COSAS QUE BAJAN;

El papel del Estado.

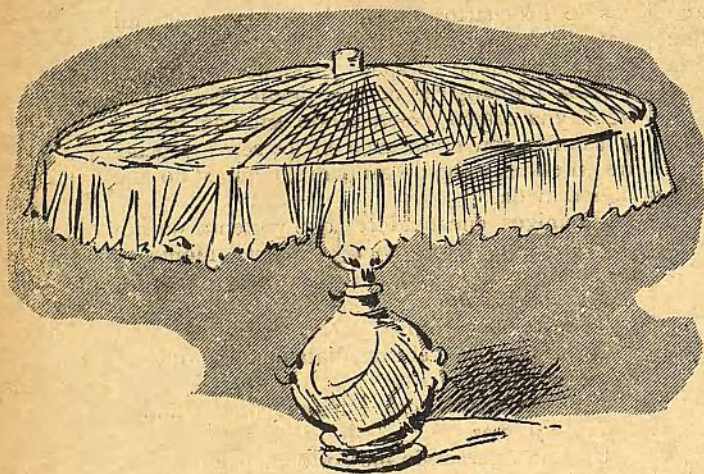
La afición á casarse.

El pan (¡cualquier día!)

Y los conservadores (¡cualquier ratol!)

Imp. «La Ilustración,» á c. de Fidel Giró, Paseo de San Juan, núm. 168.—Barcelona.

SEMEJANZA, por Melitón González.



El misterio es profundo
y averiguar sería muy curioso,
el por qué de ese enlace misterioso
que entrelaza las cosas de este mundo.

ANUNCIOS

LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores literatos
y los más celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Barcelona.	Trimestre. 2'50 ptas.
Fuera.	Semestre. 5 . . .

NÚMERO CORRIENTE: 15 CÉNTIMOS
NÚMERO ATRASADO: DOBLE PRECIO

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Vertrallans, 3, principal.—Barcelona.

Despacho: todos los días laborables de 2 á 4 tarde.

ÚNICA ENCARGADA

de la venta y expendición de

LA SEMANA CÓMICA
en Bilbao.

D.ª TERESA IRLA

KIOSCO DE LA PLAZA NUEVA

BIBLIOTECA

— de —

LA SEMANA COMICA

Se publicará pronto y contendrá novelas, poemas, etc., de los más reputados autores.

En prensa el tomo primero, ilustrado por Cilla, Escaler, Pons y Me-cachis.

PRECIO: 2 REALES TOMO